

Revista Estudios, (29), 2014, 1-21

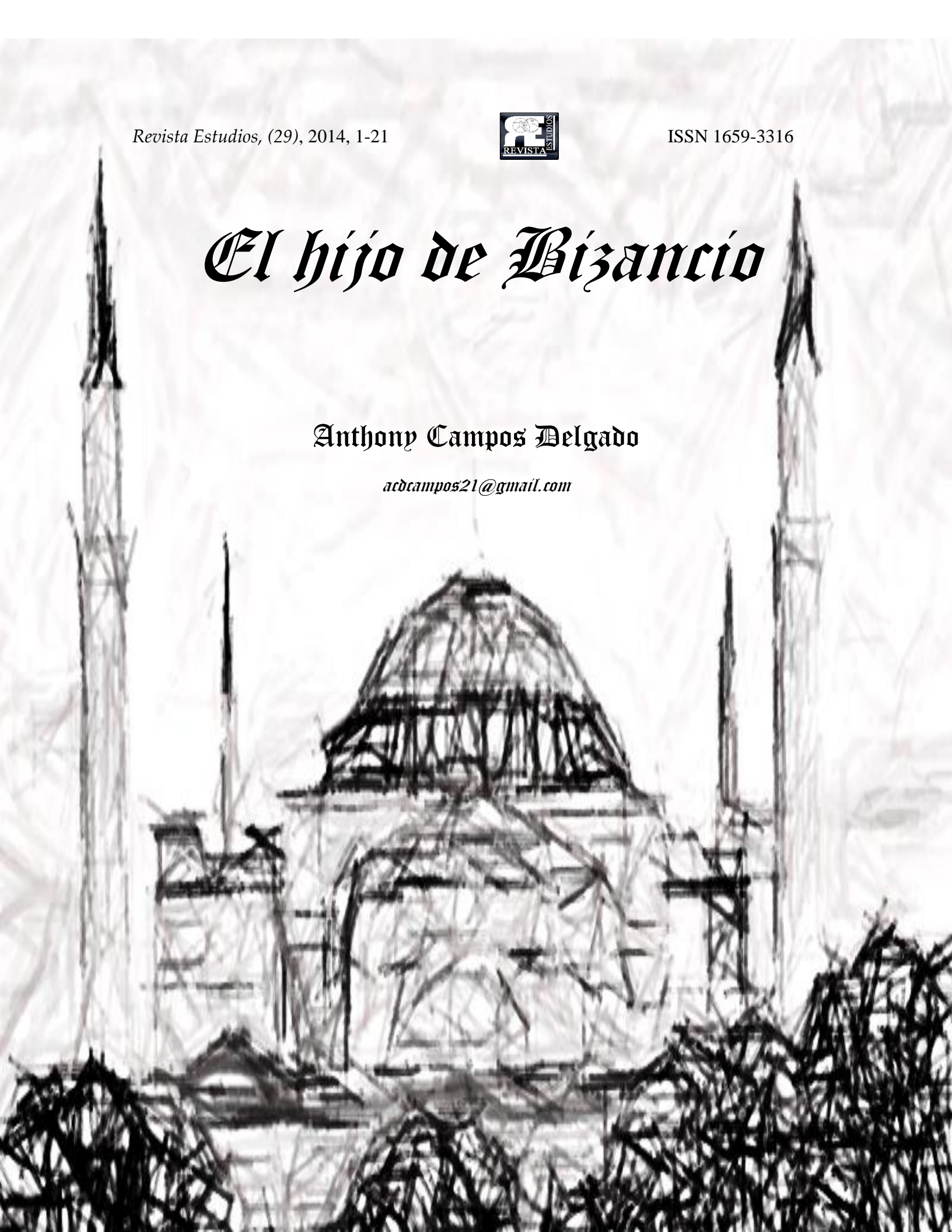


ISSN 1659-3316

El hijo de Bizancio

Anthony Campos Delgado

acdcampos21@gmail.com





IV Sección: Cuentos Medievales

Recibido: 10 de diciembre de 2013

Aceptado: 1 de noviembre de 2014

Resumen.

El presente cuento, ambientado en un poblado ubicado en una zona de frontera del Imperio Bizantino en el año 1014, pretende evidenciar lo más cercano a la vida cotidiana de los pobladores de una región entre los poderes imperiales y el mundo bárbaro. El mismo representa el mundo agrícola, los tratos intrapersonales, la subordinación, los conflictos alrededor de la religión, la enfermedad, la crueldad y el desinterés por la vida ajena presentes en la sociedad bizantina. Este año el ejército bizantino, liderado por el emperador Basilio II, obtuvo un sangriento triunfo sobre el zar Samuel y las huestes búlgaras, en la cual fueron capturados 15.000 soldados búlgaros, quienes fueron cegados. Cien de ellos se le permitió quedar tuertos para que pudieran guiar el camino de regreso a Ohrid, la capital del Imperio Búlgaro.

Palabras Clave.

Edad Media- Imperio Bizantino- Constantinopla- Búlgaros- Vida cotidiana.

The son of Byzantium

Abstract.

This story, set in a village in a frontier area of the Byzantine Empire in 1014, aims to show the closest representation of daily life of the people in a region between the imperial powers and the barbarian world. It represents the agricultural world, intrapersonal treatment, subordination, conflicts around religion, disease, cruelty, and indifference to the lives of others present in Byzantine society. This year the Byzantine army, commanded by Emperor Basil II, gained a bloody triumph over the Tsar Samuel and the Bulgarian armies, capturing 15,000 soldiers, whom were blinded. One hundred were allowed to see, so they could lead the rest back to Ohrid, the Bulgarian capital.

Keywords.

Middle Ages- Byzantine Empire- Constantinople- Bulgarians- Daily life.





*¿Quién podría contar
la historia del anciano?
¿Quién ponderar la ausencia,
dar miserias de a palmo?
¿Quién valorar la suma
de tantos infortunios?
¿Quién la nada que envuelven
las palabras, el mundo?*

Samuel Beckett- Apéndice



Despuntó el alba. Los tibios rayos de sol poco a poco iniciaron a calentar la tierra aún húmeda por el sereno de la noche. El calor, que iniciaba su ondulante danza en el aire, hizo que los escasos vecinos del poblado de Theolous no quisieran estar por más tiempo en sus camones rellenos de paja. Hechos a un lado los primeros bostezos, aquellos cuerpos sudados se disponían a incorporarse a la monotonía y pesadez de sus labores. Aquel día empezaba a ser más caliente de lo normal, lo que fue percibido como una mala señal de la Providencia.

Pero no todos lo percibieron así. Desde el interior de una minúscula cabaña de paja y ramas, que tercamente insistía en seguir erguida, se escuchaba una voz entonando pequeños cantos de gratitud. Desde el camino no se veía nada, excepto la punta del armatoste, pero todos sabían quién estaba dentro, neciamente levantando su voz en medio de tanto calor: un extranjero que se hacía llamar Damián, pero que nadie lo llamaba así, porque nadie hablaba con él.



Su tez grisácea, su enmarañada cabellera habitada por multitud de parásitos, y su espalda encorvada por el peso de los cardos y espinos que había recolectado durante toda su vida, hacían que este tal Damián pareciera un lugareño más; pero había una señal, cual Caín, que lo identificaba como forastero y, a diferencia de lo esperado, traería ruina a su insípida vida: sus ojos azules, tan azules como las aguas del *Mare Nostrum*.

Su apariencia había cambiado mucho en los últimos años, sus fuerzas venidas a menos, y no coordinaba bien sus movimientos, lo que lo hacía un hombre tosco causando el terror de los niños. Pero, su fe continuaba inquebrantable. Sabía que aquello que recibía estaba de acuerdo a su comportamiento, por eso esa mañana cantaba fielmente, aunque en su corazón habitaba el verdadero Damián, que no profería sino en herejías.

...Más allá del Sol

Yo tengo un hogar

Un bello hogar

Más allá del Sol...

Casi gritando, Damián intentaba pensar únicamente en las riquezas que tendría cuando dejara esta tierra cruel y maldita, mientras su vista alcanzaba observar sólo miseria alrededor.

¿Acaso es que vivo únicamente para esperar mi muerte? -Pensaba Damián- ¿para qué estoy vivo en una tierra que no me da nada?, ¿para qué vivir para estar atormentado de noche y de día?

Mientras caminaba hacia afuera de la choza, un joven que pasó por el camino sin saludar –como era costumbre- lo sacó de su ensimismamiento. Miró de arriba a abajo al joven y algo en su ser se estremeció, había algo en ese muchachillo que le recordaba a su hermano. ¿Hace cuánto fue eso?, ¿40 años?...



pero a Damián no le gusta recordar aquel despiadado pasado, que le puso fin a sus sueños y a su familia.



Antes de emprender el trabajo, Damián subió a un pequeño peñasco desde donde le gustaba observar lo que acontecía en Theolous. Desde allí se podía ver aún más allá del caserío, detrás de múltiples peñascos había otros pueblillos de poca importancia, tanto así que nadie estaba realmente seguro si estaban bajo el dominio de los bizantinos o de los búlgaros, o de algún otro pueblo. Aunque se suponía que eran bizantinos porque todos hablaban griego desde niños y eran portadores de las verdades del evangelio, aunque nadie veía por ahí a apóstol alguno desde tiempos inmemoriales. Lo más cercano a esto era algún comerciante que pasaba por la zona de vez en cuando, y que entre sus productos traía también noticias de lejos, las cuales aumentaban la confusión de la gente, que prefería no entrometerse con los asuntos del exterior. Al final de cuentas, poco importaba todo eso si se estaba con la familia y se estaba bien con Dios.

Pero no todo era tan sencillo. Damián varias veces presencié discusiones donde todo valor cristiano se perdía: el amor, la piedad y la mansedumbre daba lugar a vociferaciones, venas resaltadas y empujones. Estas discusiones no tenían ninguna relación con dineros prestados, ni por causa del tan común adulterio, sino por causa de unas imágenes de santos y vírgenes que algunos conservaban en sus casas.

Damián no entendía muy bien la utilidad de esas imágenes, pero parecía que a algunos les gustaba tenerlas en casa para protegerlas, cuidarlas y pedirles favores; sin embargo había otros que lo consideraban una atrocidad y hacían todo lo posible para destruirlas, tal como lo hacían cuando encontraban alguna figurita enterrada en sus propiedades, que, a lo que decían, eran obra de paganos. Según



había escuchado Damián de boca de un vendedor de ánforas, el problema había sido tan grande, que una vez hubo un enfrentamiento entre ejércitos muy poderosos, donde muchos murieron, tan sólo para ver quién tenía la razón al respecto.

A pesar de todo, nadie podía asegurar con certeza: -“Pertenezco al imperio tal”. Esto causaba problemas con los recaudadores de impuestos: aunque pasaban muchas jornadas en las que ni en pesadillas se les veía, cuando estaba próxima una lucha armada estos llegaban en tropel, unos hablando búlgaro, otros en griego y había unos que ni siquiera se sabía de dónde venían. De todas formas, despojaban a todos los pobladores de la aldea, quienes sólo debían entregar su tributo y agachar la mirada, si no querían verse con el filo de alguna espada.

Sin embargo, como se ha dicho, todos en Theolous se creían bizantinos. Orgullosos se llamaban a sí mismos ciudadanos del Segundo Imperio Romano, sin gozar en la legalidad de este mote. El viento del norte trajo la noticia de que el gran ejército imperial había derrotado contundentemente a las huestes búlgaras, escasos dos días de camino de allí, y por tal razón los vecinos de Theolous se esforzaban por imitar las usanzas de la Ciudad de Constantino, no fueran estos a pasar por búlgaros.

Conforme se acercaba el ejército, más parecía Damián rodeado de constantinopolitanos, lo que le parecía algo digno de ser visto: palabras sacadas del griego culto exageradamente pronunciadas por labios acostumbrados a hablar de corrido, besos dados a los ídolos y vírgenes antes de ser ocultados bajo tierra y extrañas comidas preparadas en las entradas de las casas. Según ellos, la ira del emperador caería sobre ellos por vivir de una forma inaceptable, razón de tanta agitación y golpes en la nuca cuando algo no salía según lo planeado.



Sin embargo, actuar lo más parecido posible a los bizantinos tenía una profunda razón que Damián ignoraba. Muchos búlgaros al verse derrotados huyeron del campo de batalla, como era costumbre, por lo que una misión del ejército romano era perseguir esos cobardes y hacerles pagar de la misma forma que a sus paisanos. Parecerse lo menos posible a un búlgaro era lo que los theolousenses buscaban, pero nadie informó de esto a Damián, que sólo reía desde su soledad.

Al momento de la llegada de un pequeño destacamento de la armada bizantina, los vecinos se reunieron con sus respectivas familias para celebrar la victoria de los bravos soldados. Pero Damián, ese extraño hombrecillo que había llegado hace un par de años buscando un refugio contra la violencia que hizo perecer su vida, no contaba con ningún familiar ni en Theolous, ni en el mundo entero. Por esta razón, el único sospechoso a la mirada de los soldados fue él.

Mientras se encontraba labrando, intentando sacarle algún trozo de pan a la pequeña parcela de tierra estéril que le pertenecía, un par de soldados fueron enviados hacia él, con el fin de averiguar si era un vulgar búlgaro fugitivo. Los soldados fueron amablemente recibidos por Damián, quien se vio grandemente fascinado por los diseños de estos milicos, que resultaron ser *limitanei*, guardianes de las fronteras del imperio.

Tan amables fueron las palabras de Damián que fueron recibidas con mucho recelo, el cual aumentó en el momento en que intentó tocar uno de los dos escudos. Ya sin paciencia, uno de los soldados con un movimiento rápido le propinó un golpe en el estómago, con tal fuerza que el pobre hombre sin bocanada de aliento fue directo al suelo.

-“¡Ea, ea, acá uno de los búlgaros!”. Tal alboroto formaron los dos soldados que pronto Damián se vio rodeado de 20 más, quienes montaron un festín de





golpes contra su cuerpo encogido. Lanzas, mangos de espadas, puños, piedras, palas y cualquier cosa que pudiera causar daño fue usada en contra de Damián. Cuando pensó que todo el castigo había terminado, escuchó el relincho de un caballo, seguido de palabras amables de los soldados hacia el que lo montaba. Luego de un momento de silencio, se escuchó una voz poderosa:

-Me han informado que tenéis a uno más de los perros. ¿Es esto cierto?

-Así es mi señor –dijo uno de los soldados. El muy traidor intentaba hacerse pasar por un trabajador de la tierra, por un siervo de nuestro valiente Emperador, pero no lo ha logrado. El muy miserable intentó desarmarnos insinuando falsa sorpresa ante nuestras armas.

-Ya veo... ¡Ea, vos! perro –se dirigió la poderosa voz hacia donde yacía Damián- ¿cómo os llamáis?

Pero el pobre Damián seguía sin aliento, por lo que de su boca ninguna palabra se escuchó. Pero esto fue tomado por el hombre a caballo como una prueba de que el miserable no comprendía el virtuosísimo griego, por lo que no era sino búlgaro. Los dos soldados que lo habían saludado guardaron silencio, más bien se alegraron por la humillación que estaba recibiendo, lo mereciera o no. De pronto, uno de los soldados dio un paso adelante y lanzó una pregunta que todos los milicianos añoraban hacer:

-Mi señor capitán, ¿cómo procedemos con el búlgaro?, ¿le aplicamos el castigo?

-Por supuesto. ¡Acaso tengo que deciros todo lo que debéis hacer, inútiles!

Acto seguido, dos soldados colocaron a Damián de rodillas frente a ellos. Mientras uno le sostenía firmemente la cabeza con la vista hacia el luminoso sol, el otro sacaba un cuchillo de su alforja. En medio de la desesperación, Damián atinó a decir:



-Con cuchillo tan pequeño no podrían cortarme el cuello y acabar con mi vida. ¿Qué me haréis?

-Tened paciencia, sucio búlgaro. –Dijo con una sonrisa el portador del cuchillo, quien introdujo el cuchillo en la cuenca de su ojo derecho, girándolo rápidamente y sacando el ojo bañado en sangre. En medio de los gritos de horror y del más profundo dolor de Damián, el soldado se le acercó al oído y le dijo:

-Tened presente que por más que, vosotros perros búlgaros, intentéis huir siempre los vamos a encontrar y dejarlos sin ojos.

-Mi señor, ¿le sacamos ambos? –dijo otro de los soldados, quienes habían permanecido fríos, 15.000 gritos de horror acostumbran a cualquiera.

-No, dejad a este así. Miradle es viejo y sí entiende nuestra lengua. Dejadle que pueda regresar por su cuenta a la deshonrosa ciudad de Ohrid donde habita el hereje zar de los búlgaros, Samuel. Que vaya y le informe sobre nuestra fuerza, y así se entere de cuanta desgracia puede caerle sobre su cabeza si osa meterse con el gran Basilio II, el *Voulgaroktonos*, el valiente matador de búlgaros, para gloria y honra de nuestro señor Jesucristo.

De esta forma los soldados se apartaron y dejaron a Damián perdiendo mucha sangre y clamando por piedad. Pero no fue escuchado por nadie, los vecinos bendecían con mucha pompa a los soldados:

-¡Load a Cristo, quien ha puesto a nuestros enemigos bajo nuestros pies! –fue lo último que escuchó Damián antes de perder el conocimiento.





La mañana estaba fría, pero Damián, acostado bocabajo sobre su propia sangre, sudaba copiosamente. El muy desdichado había pasado toda la noche durmiendo en la intemperie, siendo un plato de comida fresca e indefensa para cualquier bestia salvaje. Aún no se podía mover, pero podía sentir el dolor recorrer todo su cuerpo. Conforme el día inició a calentarse, las moscas iniciaron su festín en el rostro de Damián, que estaba indefenso aún contra tan vil animalejo. Con todo su corazón deseaba que alguien apareciera, se compadeciera de él y lo ayudara.

Pasaron horas y horas en las que lo único que Damián era capaz de hacer, era repetir una y otra vez un fragmento de los cantos del rey David. En alguna ocasión de su vida, lo había escuchado de un comerciante y le gustó tanto que intentó concienzudamente aprendérselo, aunque lo único que logró memorizar fue esta parte, porque el trabajo en el campo consumía toda su concentración. ¿Será que, por no aprendérmelo como prometí, ahora esto pagando este castigo? – pensaba en medio de su inmóvil desgracia.

Aun así, Damián tenía una profunda convicción de que no sería abandonado por la mano divina, aunque los hombres ignoraban su triste presencia al pasar frente a su solar. Cerca de la hora sexta, cuando el sol se encontraba en su cénit, un grupo de vendedores de alfombras que conversaba alegremente pasó por el camino. A Damián se le iluminó su único ojo por la alegría del amparo que sin duda recibiría, pero para eso debía llamar la atención y en su condición le era imposible. Uno de los comerciantes logró verlo, pero pensó que estaría muerto por la sangre, las moscas y la inmovilidad del pobre anciano: –“No hay tiempo que perder –pensaba el comerciante-, debemos estar en las frías tierras del norte en menos de un mes, por lo que los muertos a los muertos, y nosotros los vivos a los vivos.”



Atardecía y el esperado buen samaritano nunca llegó. Con las pocas fuerzas que pudo recuperar, Damián intentó ponerse en pie en varias ocasiones, pero siempre daba con su quijada en el suelo. No deseaba pasar otra noche a la intemperie, por lo que decidió arrastrar su agotado cuerpo hasta su cabaña, que no estaba muy lejos de donde había quedado tumbado, pero en su condición unas cuantas varas significaba el más tortuoso y lejano camino.

Dejando tras de sí un enorme rastro de sangre, logró llegar a su camión de paja, al menos ahí esperaría la llegada de la muerte de manera más decente. Pero seguramente la muerte andaba de paseo en Samaria, pues tampoco apareció cuando Damián más la invocaba.

Los dolores, la humillación y la impotencia impidieron que Damián pudiera pegar su único ojo, así que vio el amanecer en todo su esplendor. Al igual que el día anterior, este sería un día muy caliente y Damián no resistía estar más tiempo tirado en su cama. Aunque cansadas, sus piernas podían moverse y soportar su peso al ponerse de pie.

Paso a paso, llegó donde tenía guardado su poca comida. Aunque no sentía hambre, se sirvió un poco de pan duro con un trozo de queso verdosos. Durante mucho tiempo estuvo mirando fijamente sus alimentos, no podía creer que tal castigo le hubiera caído encima. Parecía que el pan le decía: “todo esto es culpa de Dios”; y el queso por su parte: “insulta a Dios y muérete.”

Damián, con un movimiento decidido, tiró su comida por la ventana, y con su mirada fija en ningún lugar, dirigió suavemente su mano derecha hacia la cuenca vacía donde estaba su ojo, sintió los coágulos de sangre aún fresca, sus pestañas tías por la sangre y su corazón a punto de salir por la boca.

Nuevamente se puso de pie, esta vez tomó una vasija con agua y se lavó la cara, los brazos y sus piernas que estaban bañadas de sangre. Tomando un



camisión, le desgarró un pedazo de tela y se lo ató cuidadosamente en la cabeza, de forma que tapara el grotesco hoyo de su desgracia: el hoyo que le impediría casarse, porque ¿qué mujer vería atractivo a un hombre con un solo ojo?, el hoyo que le impediría tener hijos y formar una nueva familia, el hoyo que le impediría seguir trabajando con la misma pujanza de antes.

Aunque tenía deseos de gritar y ser colgado de algún árbol, decidió darle tiempo a Dios. Había escuchado que él puede transformar maldición en bendición, y que lo único que él debía hacer era mantenerse fiel y no cometer ninguna atrocidad.



Es de conocimiento popular que el tiempo se encarga de sanar heridas, pero en el caso del desafortunado de Damián no fue así: con el paso de los días gotas del más ácido limón caían sobre sus heridas, grandes calenturas asediaban su cuerpo día y noche, el pan y el queso cambiaron por punzadas y purulencias, y su único ojo perdía la habitual claridad.

Damián agonizaba solo en su cabaña, aunque en Theolous todos sabían lo que le había acontecido. Pero en lugar de socorrerlo, la gente se alejaba aún más de él, y se generaron las más diversas teorías sobre su desgracia. Una mujer gorda y desaliñada, que se creía portadora de todas las verdades de la aldea, decía:

-Pues que yo he escuchado, de una muy confiable fuente, que la madre de Damián era prostituta y apenas él nació fue abandonado en un bosque, donde fue recogido por unos seguidores del demonio.

Otro, le contradecía:



-Lo que realmente sucede con Damián es que tiene por dioses a la luna y al sol, por eso Dios lo ha castigado de esta forma. ¿Saben por qué Damián ahora no sale de su casa? Porque allí encerrado practica hechicería porque, según él, pretende encontrar la cura de todos sus males con estos métodos demoniacos.

Todo esto que se decía, y sumado a la aterradora apariencia de Damián, lo convirtieron en un monstruo. Las madres prohibían a sus hijos siquiera acercarse a su propiedad, los hombres evitaban siquiera mirar su cabaña y Damián poco a poco se convirtió en una espeluznante bestia, que se capturaría a los niños desobedientes y los cocinaría en sopa.

Los días pasaron y la noticia de Damián se extendió por todas las aldeas aledañas, llegando incluso a oídos de uno de los grandes terratenientes de la zona. El hombre, de origen árabe, al darse cuenta de la crueldad con que había sido tratado Damián por parte de soldados bizantinos, reunió una comitiva y se dirigió hacia su cabaña.

Al llegar, el terrateniente se presentó y le ofreció presentes tan generosos y diversos que Damián jamás había visto en su vida:

-Se llaman dátiles, comedlos son realmente buenos y tan dulces como la miel que destila del panal. Vienen de tierras lejanas, donde vuestro dios no es conocido.

Con lágrimas en su ojo, Damián agradeció la visita los cuidados del terrateniente, quien siguió visitándolo durante 3 semanas más, al cabo de las cuales el terrateniente le expuso sus pretensiones:

-¿Cómo ha seguido el señor? –Saludó amablemente el terrateniente.

-Faltaba menos, señor mío, llamadme simplemente Damián. Y a Dios la honra, he estado mejor.



-¿Mis visitas os han ayudado en algo, Damián?

-¡Pues claro! Me han ayudado a no sentirme solo y poder alimentarme –contestó Damián tranquilamente, pues no percibía las intenciones ladinas de la pregunta.

-Bien has contestado, amigo mío. Pues ahora que lo ponéis todo así, deseo proponeros que vengáis a vivir a mi casa. Allí tendrás mucho espacio para que os regocijéis a vuestras anchas, trabajareis para mí en labores sencillas y nunca más volveréis a estar solo.

Damián no supo qué contestar, permaneció en silencio durante largo rato mirando a su alrededor. Sabía que todas las atenciones y maravillas propuestas de este hombre tenían su precio, bien sabía que los árabes no son de fiar pues si de ser posible venden hasta su propia madre.

-De acuerdo, señor mío. –Respondió Damián, esperando saber qué pretendía el terrateniente.

-Muy bien, muy bien. Sin embargo debéis saber que todas estas tierras tuyas quedarán sin uso, y pues...

-Sí, ya sé. Son de vuestra merced a partir de hoy –interrumpió Damián- pero únicamente os pido que no botéis esta humilde casa, quiero seguir viviendo en ella.

El propietario gustoso accedió, pero rogó a Damián comer en su casa y recibir los cuidados necesarios para su condición. En poco tiempo, el terreno de Damián fue llenado de viñedos, y de lo que antes se sembraba allí no quedaba ni una semilla.





Pasaron los meses y Damián vivía muy cómodamente en su cabaña. Ahora pasaba las noches sin frío ya que el árabe le había regalado una amplia cobija de plumas, comía muy bien en casa de su amo, y los vecinos habían empezado a perderle el miedo. ¡Todo era como el propietario se lo había prometido!

Pero todas las promesas cumplidas no borraban el recuerdo de aquel día oscuro, ni las secuelas en el cuerpo de Damián. El cuerpo del anciano seguía sufriendo de altas temperaturas, tan altas que en repetidas ocasiones lo encontraron desmayado en el campo; la herida donde estuvo su ojo no dejaba de emanar sangre; un vecino dijo que era culpa de la mala sangre que se había acumulado en esa zona, por lo que le introdujeron sanguijuelas que sólo provocaron más dolor en el pobre Damián. Tales eran los dolores y el sufrimiento que Damián se sentía como el primer día de sus angustias, ya no comía y buscaba la muerte por doquier.

-¿Habéis intentado pedir ayuda a la virgen milagrosa? –le preguntó en una ocasión Irene, esposa del terrateniente.

-Es que, señora mía, yo no creo que eso me pueda ayudar. Os pido disculpas si he llegado a ofenderos. –respondió Damián cabizbajo.

-Pues puede parecerle cosa poco digna, pero en Constantinopla el emperador y sus payasos quieren controlar hasta lo que debemos creer, pero la fuerza de Dios es más fuerte y perdura, aunque esos infames se opongan y nos condenen al infierno.

-Osaré a contradeciros nuevamente mi señora, pero lo mío no tiene nada que ver con los asuntos de esa ciudad que mencionáis, porque ni siquiera la conozco.



-Entonces, ¿no sabéis que los templos de esa ciudad tienen poderes curativos?

-No, mi ama, ¿podría vuestra merced explicarme más sobre ese prodigio? –dijo muy emocionado Damián.

-Pues mucho no sé, pero os contaré que hace mucho tiempo llegaban personas de todo el mundo a los templos de Constantinopla para ser curados de sus males, pero llegó un emperador que no le gustaba la idea de que un templo fuera más poderoso que él, así que prohibió que la gente acudiera a los templos con esos fines y pasó a filo de espada a muchos otros. Pero aún en nuestros días, muchos llegan a las afueras de los templos encubiertos y reciben completa sanación de cualquier mal.

-¿Y qué debe hacer un pobre miserable como yo para recibir tales beneficios?

-En realidad es muy simple, simplemente sentarse afuera del templo con el corazón contrito y con mucha fe. Nadie se entera sobre lo que hacéis allí.

La gran seguridad con la que Irene le relató tales proezas convenció a Damián, que ya lo había intentado todo para curar su sufrimiento. Así pues, pronto le contó a su amo los planes de viajar a Constantinopla, a los que este accedió complacido a dejarlo ir; Damián esperaba ayuda económica y no tanto un permiso sobre su persona, pero no osaba contradecir al árabe.

Tras un año de sacrificios y ahorros, Damián se encontraba presto a partir hacia Constantinopla. Durante todo este tiempo, había estado averiguando por el camino que llevara desde Theolous hasta la capital de forma más segura, porque muchas rutas conducen a un robo seguro. Una semana entera le tomaría llegar hasta la capital, así cantidad de comida y agua fresca llevaba. Así partiría, solo, camino a su milagro.



Su primer día de camino fue muy tranquilo y parecía que su calentura y dolor mermaban con la caminata. Las primeras aldeas por las que pasó eran muy similares a Theolous, separadas con amplios espacios con sembrados de uvas, olivos o naranjas, o con flacos ganados.

A partir del tercer día, Damián empezó a notar que las aldeas eran cada vez más grandes y con muchos soldados en los caminos, a los cuales rehuía cual fugitivo ladrón. Las viviendas también cambiaban con el viaje, algunas estaban hechas con ladrillos de piedra o barro cocido y estaban pintadas con llamativos colores.

La última noche de viaje, justo antes de llegar a Constantinopla, la ciudad del Cuerno de Oro, Damián decidió quedarse en una pequeña casa abandonada que se asomaba a unos cuantos metros del camino. Dentro de la húmeda casa, buscó un lugar seco y cómodo para dormir, ya que quería estar con muchas energías en el momento de entrar en tan famosa ciudad. Antes de dormir, aprovechó la luz de la luna que se filtraba a través de una grieta en el techo para colocar sus pertenencias a la vista.

Un lejano ruido lo despertó cuando el día aún no llegaba. Mientras se desperezaba empezó a buscar con la vista sus pertenencias, pero la oscuridad era tal que no lograba divisar ni sus manos. Esperó a que la luz de sol se adueñara del ambiente, pero todo sin resultado: sus cosas no estaban, ni sus sandalias, ni su poco dinero, ni su pan, ni su agua, ni siquiera unos higos que había cortado antes de entrar en la vieja casa.

Quiso llorar al verse sin las cosas que tanto trabajo y sufrimiento le costaron. Pero estaba muy cerca de llegar a su meta, luego pediría ayuda para regresar. Ahora sólo importaba llegar a alguno de los dichosos templos de Constantinopla.



Conforme caminaba hacia el levante, quedó maravillado al divisar una gigantesca muralla doble, resguardada con almenas y soldados por doquier. En su mente pasaron miles de formas de sitiar dicha ciudad y todas serían inútiles. Sintió mucha felicidad en su corazón, como hace mucho tiempo no lo hacía.

III

El camino en el que venía llegaba hasta una puerta, que según supo se llamaba la Puerta de Adrianople. A ambos lados de la puerta había soldados que Damián no podía evitar. Caminar tranquilo hacia dentro de la ciudad sería la solución, pero una lanza cortó su alegre y despistado paso.

-Identificaros –dijo enérgicamente uno de los soldados.

-Soy Damián y vengo desde las lejanas tierras de Theolous.

-¿Theolous? ¿Dónde es eso? –preguntó incrédulo otro de los soldados.

-Está en la frontera norte de Tracia, mis señores –contestó Damián con fastidio, lo que no fue bien visto por los soldados.

-Por tus atuendos y porque no traéis nada con vos, de seguro que no sois comerciante, ¿qué buscáis en esta ciudad?

Ahora Damián se encontraba en un lío, no podía mencionarle al soldado el motivo real de su visita. Debía inventar algo y rápido... pero no sabía nada de lo que había en el interior de la ciudad aparte de templos, por lo que empezó a sudar y mirar a su alrededor.



-Este está tardando demasiado en contestar –dijo uno de los soldados-, se me hace muy sospechoso. Decidme qué queréis o nos veremos obligados a dejaros afuera de la ciudad.

-Verán, vengo desde de tan lejos para asistir a la iglesia... esto porque, según me han dicho, en mi pueblo, que la presencia de Dios está más próxima en los templos de la gran Constantinopla. Hoy desperté y me han robado todo lo que andaba, os ruego que no me hagáis más pesado mi día.

-Lo que tenemos acá no es sino un cínico que pretende entrar así a nuestra ciudad de Constantinopla para expiar la ubicación hasta de la última piedra. Nuestros enemigos ya no saben ni qué hacer para pasar inadvertidos, ¡mira que mandar a un mugroso viejo tuerto!

Estas palabras asustaron a Damián, ya que pensó que el mismo soldado que le habló fue el mismo que le sacó su ojo. Tal idea lo aterró, pero mientras se daba vuelta hacia Theolous algo dentro de sí le dio valor para decir muy suavemente:

-No sois más que una milicia de bellacos.

Por primera vez en su vida Damián profería un insulto. Pero en ese momento estaba fuera de sí, su vida no tenía ningún propósito, sólo que fracasar, ser robado y pisoteado sin tener culpa alguna más que haber nacido.

-¿Nos habéis llamado bellacos? –Dijo airadamente un soldado.

Damián tragó saliva reciamente y su corazón se aceleró. Sabía que había cometido una imprudencia de la que se arrepentiría toda su vida. De pronto sintió que la calentura regresaba, así como el dolor en la cuenca de su ojo.



-¿Acaso pensáis que somos tontos? Sabemos que sois un espía búlgaro y nos divertimos viéndoos inventar historias –dijo uno de los soldados mientras se reía irónicamente- pero ha llegado el momento de que paguéis, cerdo búlgaro.

Justo terminó el soldado de decir eso, cuando con una seña indicó a otros dos soldados para que prendieran a Damián y lo pusieran de rodillas sobre el suelo. Una vez más su mirada fue puesta en dirección al sol, una vez más sostuvieron firmemente su cabeza, una vez más un cuchillo en la cuenca de su ojo –sólo que esta vez era el izquierdo. El mismo dolor, el mismo grito de espanto y la misma satisfacción en la cara de los soldados.

-Y ahora aprenderéis lo que es ser un bellaco -le dijo uno de los soldados mientras lo encaminaba hacia una zona donde se escuchaba mucha gente.

-¿Dónde estoy? –atinó a gritar desesperadamente Damián.

-Ya lo veréis, ya lo veréis. O mejor dicho, ya lo averiguareis, ciego búlgaro.

El ruido era tal, que las conversaciones se fundían formando un idioma incomprensible para cualquier oído. Al saberse solo, Damián quiso averiguar dónde estaba, pero por toda respuesta recibía palabras de asco. Con sus manos tanteó las superficies que lo rodeaban: había una pared hecha con finos ladrillos, también parecía que había una columna cuidadosamente labrada. “¿Dónde estaré?”, se preguntaba Damián, en medio del delirio causado por la pérdida de sangre.

-¡Ea! ¿Qué hace un muerto ensangrentado frente a la gran Hagia?

Damián aún respiraba levemente cuando sintió que le ataban pesadas piedras a sus pies y lo colocaban en una pequeña embarcación. Mientras se hundía en el agua escuchó que debería estar agradecido con la bondad de los romanos, ya que a pesar de ser un soez búlgaro tenía el honor de ser lanzado las



aguas del *Mare Nostrum* que bañan las costas de la gran ciudad, cual si fuera un hijo de Bizancio.

Bibliografía.

Álvarez Arza, José. (1988). “La civilización bizantina de los siglos XI y XII: notas para un debate todavía abierto.” En *Revista Erytheia*. 9(1).

Asimov, Isaac. (1982) *Constantinopla*. Madrid: Alianza Editorial.

Baynes, Norman. (1966). *El Imperio Bizantino*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Curta, Florin. (2006). *Southeastern Europe in the Middle Ages, 500-1250*. Cambridge: Cambridge University Press.

De Francisco Olmos, José Marí (2010) “El triunfo de la moneda dinástica en el imperio bizantino. Isaurios, amoriano y macedonios.” En *Documenta & Instrumenta*. N°8.

Eliade, Mircea. (1999) “Las Iglesias cristianas hasta la crisis iconoclasta (siglos VI-IX).” En *Historia de las creencias y las ideas religiosas III*. Barcelona: Ediciones Páidos.

Haldon, John. (2003) “Bizancio y el temprano Islam: un análisis comparativo de dos formaciones sociales tributarias medievales.” En *Anales de Historia Antigua, Medieval y moderna*. Vol. 35-36

Lacarra Ducay, María del Carmen (2008) *Arte y vida cotidiana en la época medieval*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.



Lillo Aguilera, Leandro (2009) “El piadoso sentido de lo cotidiano. La espiritualidad del día a día en el mundo bizantino.” En *Revista Electrónica Historias del Orbis Terrarum*. N°2.

Mardones Bravo, Camila (2011) “Bizancio enfermo: panorámica de la medicina en los primeros siglos del imperio.” En *Revista Electrónica Historias del Orbis Terrarum*. N°6.

Mitre Fernández, Emilio (2004). *Historia del Cristianismo: II. El mundo medieval*. Granada: Editorial Trotta.

